Estaba preparándose para ir de nuevo á ver á José, para enterarse de qué miembros de la sociedad frecuentaban particularmente á Jaubourg, recordando la palabra del señor de Claviers : Eso huele á *club*. — Come se ve, había renunciado por completo á incriminar á Chaffin. Latióle violentamente el corazón al joven al remper el sobre, y más aún al leer : « Landrí, su antiguo profesor le suplica, en nombre del pasado, que le reciba usted en seguida. Tiene que pedirle á usted un servicio que le salvará más que la vida, y puede prestarle á usted uno que ha de borrar muchas cosas. »

— Que entre el señor Chaffin... dijo el joven al ayuda de cámara ; y añadió seguidamente : ¿Sabe usted si el señor marqués ha vuelto de Grandchamp ?

— Anoche mismo, señor conde, contestó el criado. Y, mientras iba éste en busca del administrador despedido, Landrí se decía :

— ¿Prestarme un servicio ?... ¿Si fuera él el culpable ?... ¿Si trajera las demás cartas ?... ¿Si pudiera yo tenerlas y dárselas á *él* esta misma mañana, dentro de algunos minutos ?...

Y sólo el imaginarse la mirada del señor de Claviers dándole las gracias, le reconfortaba el corazón.

IX

SEPARACIÓN

Grandes eran la preocupación y el ansia de Chaffin mientras seguía al criado encargado de introducirlo. En el momento mismo en que así se encaminaba hacia una entrevista de importancia decisiva para él, la puertecita de la calle del Faubourg-Saint-Honoré, por la que entraban las personas que venían á pie, se abría á un campanillazo impaciente, y surgía Pedro. Que llegara así el médico detrás de su padre, qué amenaza capaz de helarle la sangre al administrador infiel, dadas las circunstancias en que los dos hombres se habían separado. Al entrar Chaffin en su casa, media hora después de la salida de Landrí, su hijo mismo había salido á abrirle la puerta.

— Te esperaba, le dijo. Vamos á mi cuarto de trabajo. Tengo que hablarte en seguida.

— ¿Qué ocurre ? preguntó Chaffin expresando su

mirada más terror que sorpresa, singularidad que no se le escapó á Pedro.

— Landrí de Claviers acaba de salir de aquí. — Pedro hablaba á media voz, para que ni su madre ni su hermana oyeran.

— Sí, repuso el médico, Landrí de Claviers... Y miraba fijamente al administrador despedido, tratando de sorprender en aquella fisonomía una turbación que no se manifestó.

— Le habrá dado vergüenza de cómo se han portado en su casa con su antiguo maestro... Hay una diferencia entre el señor de Claviers y Landrí. Landrí es débil. No se atreve á romper con preocupaciones de un medio que conoce á fondo. ¿Te has fijado en su absurda conducta en esa historia de inventario? No tiene creencias religiosas. Adora el ejército, y, no obstante, consigue que lo echen de él... Es una pobre cabeza, pero es buen muchacho...

— Landrí no ha venido á excusarse ni á excusar á su padre: ha venido á acusarnos...

— ¿A nosotros?... ¿Y de qué?... — Por mucho dominio que tuviera sobre sí mismo, esta frase tan directa le hizo estremecerse. Lo que más le preocupaba era el haber compuesto con máquina de escribir su billete anónimo. Muchas eran las personas de la casa de los Claviers que conocían aquella su máquina. Primero se dijo que en París había centenares de máquinas como aquélla; después se angustió al pensar que quizá el marqués quisiera averiguar si los caracteres de aquel billete no co-

rrespondían con los de su máquina. Temor extravagante, pero que prueba que la particularidad de la idea fija es que acaba por no distinguir lo posible de lo imposible.

— Voy á ponerte al corriente, repuso el médico. — Y repitió palabra por palabra su conversación con Landrí. Ante aquellos ataques, Chaffin fingió la impasibilidad absoluta. Pedro veía lo que ocurría en el alma de su padre, y acabó aquel relato, que más bien parecía un interrogatorio, con un llamamiento al honor de aquel padre, que le escuchaba inmóvil.

— ¿Y no te subleva, el que tenga yo, tu hijo, que decirle que, al preguntarle yo á Landrí si había oído hablar de indelicadeza, rehusara contestarme?... ¡No pareces sospechar que estoy atravesando una de las horas más amargas de mi vida!... No me digas que ignoras eso de la desaparición de los papeles del señor Jaubourg. Sé que estás comprometido en ese asunto. Todo lo sé. El señor de Claviers y Landrí, con sus defectos, sus preocupaciones, sus necedades, sus ridículos, son personas honradas, incapaces de hacerle daño á nadie, á sabiendas. Si sospechan de ti, es que tienen motivo para ello. Es preciso que hayáis quedado mal, el marqués y tú, por un motivo que ignoro y que quiero conocer. ¡Ah! si el motivo fuera el que nos has contado, jamás Landrí habría dado el paso que ha dado, jamás me habría dejado padecer lo que me veía padecer... ¡jamás!

— Á tu madre, á tu hermana y á ti os he dicho

lo que hay, contestó Chaffin con ira. — Después se quejó de que su hijo se pusiera del lado de aquellos grandes señores que tantas humillaciones le habían hecho padecer, sin que jamás se quejara él á su familia. Decía que, daños materiales no le harían á uno, por orgullo, pero que, daños morales... éstos no contaban para ellos. ¡ Y Pedro había escuchado á aquel señorito que se había permitido venir á insultarle y á insultar á su padre ! ¡ Y también Pedro insultaba á su propio padre!... ¡ Cuántas veces tendría él que repetir que, lejos de haber sido despedido por el señor de Claviers, él era el que lo había dejado plantado, pronosticándole su próxima ruina, por sus gastos locos ! — Echó en cara á Pedro todo lo que por él había hecho, para que pudiese el joven seguir su carrera tranquilamente... ¡ Ah, qué desengaño cruel !...

— Precisamente porque vivo de tus beneficios, contestó el médico, no puedo soportar ciertas ideas. Y no creas que influya en ellas la visita de Landrí, no : el cambio observado en ti estas últimas semanas es el que me ha dado esas ideas. Adelgazas, no comes, no duermes ; te veo volverte loco. No, tengamos más dignidad. Sólo un medio hay para acabar con esto. Hoy, ya es demasiado tarde ; pero, mañana, al salir de la clínica, vengo á buscarte, y juntos nos vamos á tratar de ver al marqués. Le pediremos, ó le pediré yo, si prefieres, que declare públicamente, y delante de mí primero, que nada, en tu gestión, merece un reproche que toque á la honra...

— ¡ No haré tal! ¡ no, no lo haré ! ¿ Hablas de dignidad, y quieres someterme á esa humillación ? ¡ Que piensen ó digan lo que quieran, no iré á casa de ese hombre !

— Bien, pues iré yo, contestó Pedro.

— No me harás esa afrenta, suplicó el padre. No irás ; te lo prohibo. Humillarte es humillarme. Somos solidarios en ese punto. Me obedecerás.

— Por esa misma solidaridad, no te obedeceré. Tu honra es mi honra. Quiero saber que el dinero de que vivo es puro. De manera que, mañana, á las once, en casa del marqués ; cuento con que estés allí ; pero si no estás, entraré solo. Nada me impedirá tener esa explicación con el señor de Claviers ; á menos que...

— ¿ Á menos que ? interrogó Chaffin.

— Á menos que me digas que tu salida de esa casa obedece á una razón distinta...

— No puedo, sin embargo, inventar otra razón que la que os he indicado.

— En ese caso, no comprendo tu obstinación contra esa entrevista...

— Bueno ; pero vé allá, si quieres ; pero no olvides que no te lo perdonaré jamás...

En vez de ir á su hospital, Pedro se había puesto en acecho. Vió á su padre salir de su casa, mirar en torno suyo como quien teme ser vigilado, y luego, un poco más lejos, subir en coche. — Pedro llamó al primer cochero de punto que vió, le dió cinco francos, y le mandó que llegara cuanto antes á las

señas que le indicó. Llegó, en efecto, lo bastante pronto ante el hotel de Claviers para ver el coche de su padre detenerse ante la puerta. Esperó algunos minutos para llamar á su vez, y preguntarle al portero :

— ¿Está ya mi padre con el señor marqués?

— No, señor doctor; el señor Chaffin ha venido á ver al señor conde.

— En ese caso, le ruego á usted que haga preguntar al señor marqués si puede recibirme..., dijo Pedro al cabo de un momento de vacilación. — Llegó la contestación, afirmativa. Sonó la campana anunciando al visitante, y el médico entraba en la habitación del marqués cinco minutos después de recibir Landrí al implorante y humilde Chaffin.

— Acaso no haya ocurrido nada, se decía el doctor, puesto que nos reciben á los dos... ¿Si fuera verdad?... ¡Qué peso de menos sobre mi corazón!... En fin, voy á saber la verdad.

El gran señor cerca del cual el hijo del intendente infiel, del denunciador infame, se atrevía á dar semejante paso, se hallaba en la vasta y severa biblioteca en donde, catorce días antes, se había efectuado otra explicación no menos trágica, con Landrí. Sentado, esta vez, delante de su mesa, ocupábase en una tarea muy extraña para quien no conociera las secretas resoluciones de su pensamiento. Estaba acabando de transcribir él mismo, sobre hojas sueltas, ya numerosas, el inventario de todos los tesoros artísticos conservados en el castillo de Grandchamp. Había procedido metódicamente, habitación por habitación, y en aquel momento llegaba, como lo indicaba el renglón escrito en lo alto de la página, á las habitaciones de la difunta marquesa. Lo había reservado para lo último, por motivos harto fáciles de comprender. Dicha tarea, comenzada desde hacía algunas semanas, tocaba á su fin. La letra del viejo noble se le había parecido siempre : era amplia, suelta y clara, recordando algo las letras del siglo XVII. Sin embargo, cierto temblor en algunas letras atestiguaba cuánto le había costado el trazar las líneas de aquella página. Había sobre la mesa, varios legajos, y, también, el libro de la *Genealogía de la casa de Claviers-Grandchamp*. El último, por la sangre, de aquellos magníficos Claviers redactaba el acta de defunción de su casa, bajo una forma determinada por él. Había, aun aquella misma mañana, pasado por emociones solemnes cuyo reflejo hacía más imponente su noble rostro. Su arraigada cortesía le hizo levantarse para recibir al hijo del administrador infiel. Con un gesto le designó un asiento, sin darle la mano, lo cual exacerbó las sospechas de Pedro : el marqués castigaba en él las culpas de su padre. Aquella visita sorprendía en efecto al señor de Claviers, y muy penosamente, pero por un motivo muy distinto del que imaginaba el joven. Pedro había sido el médico de Jaubourg. Había asistido á aquella agonía durante la cual el enfermo había sin duda hablado. Aunque el marqués ignoraba las sabias teorías de los psiquiatras modernos sobre la « ecmnesia » y el « onirismo », había visto morir.

Sabía qué confesiones el ardor de la fiebre arranca á veces á bocas hasta entonces mudas. Así se explicaba él aquella declaración de paternidad hecha á Landrí. Á la « horrible escena » de que habló el joven, acaso asistiera Pedro Chaffin... Este era el motivo por el cual el heroico personaje había consentido en recibirle. No había querido parecer tenerle miedo á aquella entrevista. Otro detalle le llamó la atención al médico : la alteración realmente prodigiosa de aquella poderosa fisonomía. El señor de Claviers, desde hacía algunas semanas, había envejecido tanto como su antiguo administrador. Pero era aquel un envejecimiento de hombre destrozado por la pena sin un remordimiento; la desesperación de mirada limpia del que nada tiene que reprocharse en el padecimiento que lo mata; en tanto que Chaffin no había mostrado á su hijo sino la careta del desgraciado de mirada negra y velada, autor consciente de su propia miseria. Esta comparación se ancló involuntariamente en el espíritu del médico, mientras decía :

— Le ruego me dispense si le molesto, señor marqués, y tan de mañana. Pero no será para largo rato.

— Su tiempo de usted es precioso, mas no el mío.

— Trataba el marqués de adivinar el móvil de aquella inesperada visita; pensó que acaso le pareciera poco lo que el notario le había dado por sus honorarios.

— No soy diplomático, y por eso iré derecho al asunto. Se ha separado usted de mi padre al cabo de

más de quince años de estancia en su casa de usted. Esa separación ha sido brusca; ha dado que hablar; á mí mismo me ha parecido que no conocía toda la verdad. Mi padre se ha negado á explicarse claramente conmigo ; y sabiendo yo en qué predicamento coloca usted el espíritu de familia, vengo á decirle que no puedo soportar que se sospeche de mi padre, y, menos, el sospecharlo yo. Si se han separado ustedes por motivos que no atañen á su honra, como así creo, como quiero creerlo, le pido á usted que lo declare públicamente en dos ó tres circunstancias que pongan coto para siempre á esos rumores, sobre todo ante el profesor Louvet, mi maestro. También le pido á usted que me lo declare á mí mismo... Si, al contrario... Quiero saberlo, dijo con voz llena de amargura.

El señor de Claviers había escuchado á Pedro con una expresión que por momentos se hacía más penosa. ¡Qué parecido entre el dolor de aquel hijo que dudaba de su padre y el dolor que, en aquel mismo sitio, había acongojado á Landrí, con motivo del desliz de su madre, á aquel Landrí al que tanto quería aún, á pesar suyo! Tenía demasiada fe para no reconocer una justicia superior en aquel castigo transmisivo, como lo anuncia el Libro, á la segunda generación. ¡Aquel concepto del mundo moral respondía tan completamente á su concepto del mundo social! Era demasiado humano para no compadecer á aquel joven cuya laboriosa y recta carrera seguía él con atención. Por otra parte, su indignación para con Chaffin era demasiado reciente, demasiado me-

recida. ¡Y eso que ignoraba la infamia suprema del miserable! No podía darle ese certificado de honradez exigido por el hijo. Además, odiaba la mentira. Estas varias sensaciones las transmitió él en su contestación, la que no dió sino después de haber reflexionado un rato, que le pareció largo á su interlocutor:

— Pedro, dijo por fin, interpelándolo con su antigua familaridad con el joven, déme usted la mano... Es usted un hombre honrado; hace tiempo que lo sé, y acabo de notarlo como nunca, mientras me estaba usted hablando. Pero, justamente por esas buenas condiciones de usted, ¿cómo no se da cuenta de la enormidad de su pretensión? ¿Y dice usted que conoce mis ideas? Vamos, amigo mío, un hijo no juzga á su padre. No he de asociarme, contestándole, á lo que considero por parte de usted como un deplorable error, una aberración de espíritu... Si le hubiese yo dado explicaciones á alguien acerca de las razones que he tenido para privarme de los servicios de su señor padre, admitiría, hasta cierto punto, que viniese usted á pedirme explicaciones acerca de mis palabras. Pero no he dicho nada. Su señor padre ha salido de esta casa porque administraba mal mis asuntos. Eso es todo. Eso es lo que he dicho y lo que diré, tanto á usted como á los demás.

— Administrar mal tiene dos sentidos, señor marqués, replicó nerviosamente el médico (el marqués hizo un gesto de protesta). Si insisto es porque acaba usted de reconocerme ese derecho... Si.

Me ha dicho usted que admitiría mi pregunta si hubiera usted hablado con alguien de ese asunto; con alguien, es decir, con algún extraño. Olvida usted á su hijo... El señor conde de Claviers ha ido ayer tarde á mi casa para hacerme preguntas, en nombre de él y en el de usted, acerca de unos papeles que, parece ser, han sido robados en el cuarto del señor Jaubourg. Acusaba á mi padre de aquel robo, con complicidad mía. Ha tenido que reconocer que se equivocaba. Semejante sospecha me autorizaba á saber por qué siquiera la había concebido; y no podía ser sino por lo que usted le dijera, pues él estaba arrestado cuando ocurrió la cosa. — No me quedaba más que dirigirme á usted. Lo que usted le ha dicho de mi padre, repítamelo usted. ¿Hay injusticia en pedirle á usted tal?...

— Mi hijo es otro yo mismo... contestó el señor de Claviers. El saber ahora, aunque vagamente, la escena entre los dos jóvenes, le había llegado á lo más vivo de su sensibilidad. ¿Qué motivos habían movido á Landrí á dar tal paso? Para desempeñar hasta el fin su papel de padre en completa armonía con su hijo, no debía el marqués, ni preguntar nada en ese sentido ni desautorizar á su hijo. Pero estaba muy emocionado, y con voz alterada contestó: Supongo que no pretende usted que le dé cuenta de mis conversaciones íntimas con Landrí, ni que le dé cuenta de mis asuntos pecuniarios... Observe usted que eso es, ni más ni menos, lo que me pedía usted. Pero le dispenso, atendiendo al móvil que le empuja. De todas maneras, basta. — Habíase le-

vantado, obligando así á su interlocutor á hacer lo mismo. Llamó. — Le he dicho á usted que el señor Chaffin había administrado mal mis intereses. ¿En qué sentido? Eso es cosa entre él y yo. No diré una palabra más; de modo que es inútil que prolonguemos una conversación que ya no tiene razón de ser. Usted tiene sus enfermos, y yo tengo que terminar un trabajo urgente... Garnier, le dijo al mayordomo que acudía á la llamada del timbre, enseñe usted el camino á don Pedro Chaffin... Doctor, tengo el honor de saludarle.

— No. No basta, marqués, se decía Pedro, obedeciendo, á pesar de una secreta rebelión, á la extraordinaria autoridad que difundía el noble cuando estaba en ciertos estados de irritación concentrada. Se dirigió al criado: He de ir á reunirme con mi padre en las habitaciones del señor conde: ¿quiere usted conducirme?... Mientras, detrás del mayordomo, seguía una galería de cristales, otra persona se dirigía, por un pasillo interior, hacia el cuarto en que Landrí recibía á Chaffin. Aquella persona era el marqués. Quería saber, en seguida, qué razones había tenido Landrí para ir á ver al médico, y si entreveía por fin medio de aclarar el misterio. Así es cómo, al entrar Pedro por una puerta, el conde entraba por otra; la simultánea aparición de ambos estuvo á punto de arrancar una exclamación á Landrí y á Chaffin, entre quienes acababa de desarrollarse una escena más angustiosa que la entre el conde y Pedro. La llegada de estos dos aportaba un

terrible desenlace. En el momento mismo de entrar, Chaffin estaba sentado á una mesa. Reposaba una pluma con la que acababa de escribir, en un sobre, esta dirección: « Señor marqués de Claviers-Grandchamp. » Se levantaba. El ver á su hijo le hizo recaer sobre su asiento, y el ver al marqués, el levantarse. Se alejó, andando de espaldas, tan desmoralizado por el terror, que sus piernas flaqueaban, y que tuvo que apoyarse contra la pared. El señor de Claviers, estupefacto también por la presencia de su antiguo secretario y del médico, que acababa de salir de su biblioteca, los miró á ambos y miró á Landrí. Se dirigió á éste:

— Tengo que hablarte, le dijo, cuando acabes con estos señores.

En aquel momento sus ojos hallaron el sobre quedado encima de la mesa; leyó su nombre, cogió y abrió. Chaffin no había tenido tiempo suficiente para cerrar aquel sobre, circunstancia que hacía más punzante la identidad entre el minuto presente y aquel en que el marido burlado había obligado al hijo adulterino á leer la prueba de la vergüenza común. — Dicho sobre contenía las tres cartas de Carlos Jaubourg á la señora de Claviers, robadas por Chaffin, y, en hoja separada, estos renglones, escritos bajo el dictado de Landrí: « El desdichado que, en una hora de desvarío, ha enviado una carta anónima al señor marqués de Claviers-Grandchamp, le devuelve las demás piezas de que hablaba la carta, y, pidiéndole perdón, se acoge á su generosidad para que no le deshonre á los ojos de

su hijo... » El marqués leyó estos renglones; reconoció en las demás hojas la letra odiada del amante de su mujer, del amigo desleal. Miró á Chaffin y dijo: ¡De modo que era usted!... — Dió el marqués hacia él dos pasos con cara tan temible, que el desgraciado — bien merecía ser llamado así en aquel momento — cayó de rodillas, gritando: ¡Perdón! El médico se había precipitado entre su padre y el señor de Claviers, quien se detuvo. Se le veía claramente luchar consigo para no hacerse justicia con sus propias manos. Finalmente, designando la puerta, ordenó: ¡Sálga usted! ¡Salga á escape!... con voz tan imperiosa, que el antiguo secretario se arrastró, de rodillas, hacia la puerta. Apenas si sus dedos tuvieron fuerza para abrirla. Por fin se escapó, en tanto que Landrí decía á Pedro espantado, y que ya de nadie necesitaba para conocer la verdad sobre su padre:

— Sígalo usted. No lo deje solo...

— ¿Teme usted que se mate?... dijo el marqués cuando ya quedaron solos. De seguro que ha representado bien la comedia con usted. — No es él á quien habría que no dejar solo, sino á su hijo. Los cobardes siguen viviendo. La gente de corazón es la que piensa en el suicidio ante la vergüenza. ¡Y cuando no se cree en Dios!... Por el hijo, quisiera haberme dominado. No pude... Mas no. Así está mejor, — prosiguió con adusta energía en la que reaparecía el duro atavismo de una raza de guerra. — Tememos demasiado sufrir y hacer sufrir. El dolor de los hijos es el rescate de los padres, en este mundo y en el otro. Hay que saber expiar faltas que no hemos cometido, puesto que beneficiamos de virtudes que no tenemos. — Habíase como hablado á sí mismo y parecía haber olvidado que existiera Landrí, que lo estaba mirando ir y venir por el cuarto, ya mudo. Los renglones de Chaffin y las tres cartas de Jaubourg seguían sobre la mesa, en donde las puso, al dirigirse hacia el traidor. Temblaba Landrí de que, al salir de aquella meditación, la vista de todo aquello abriera de nuevo la terrible herida. Así es que grande fué su sorpresa, cuando, con calma, le dijo simplemente al joven: Haga usted como la otra vez. Siguió andando mientras se consumían los papeles. Por fin se detuvo ante Landrí:

— Ha cumplido usted lo prometido. Está bien; muy bien. Se me ha quitado un peso enorme. Tenemos derecho á creer que no quedan más cartas de esas. Los Chaffin no dirán palabra. No pueden hablar. Queda salvada la honra, merced á usted. Le repito que está bien, y que le doy las gracias...

— ¿Me da usted las gracias?... ¡Ah señor mío!... contestó Landrí, ahogándole la emoción: si realmente estima usted que siquiera he tratado de satisfacerle, permítame que implore de usted una merced, la de acortar el momento en que esa simulación de intimidad que usted me ha impuesto, y con razón, acabe. Esa vida en el mundo, entre indiferentes, con lo que tengo aquí (golpeó su pecho) es harto cruel. No me quedan fuerzas para continuar. Me atrevo á decir que nadie habrá adivinado lo que

he sentido durante estas últimas semanas. Pero ya no puedo más.

— ¿Y yo? dijo el marqués, ¿cree usted que no estoy bien cansado también? Mas, es cierto; bastante ha durado la prueba. Ya no podrá suponer el mundo que nos hemos separado por fútil motivo. Su matrimonio de usted bastará para explicarlo todo. Podemos acabar. Estas son mis voluntades: va usted á escribirme una carta que yo pueda enseñar. En ella me anunciará su intención, á pesar de negarme yo á ello, de casarse con la viuda de Olier, empleando los medios que el código pone á disposición de usted. Los ignoro; usted los especificará. Saldrá usted de este hotel hoy mismo y me dará su dirección, para que pueda, si hay urgencia, comunicar en seguida con usted; aunque no creo que se presente ese caso. El notario debe ya, por orden mía, de haber realizado lo que á usted le corresponde por parte de su madre; queda entendido que añadiré lo que por testamento me dejó. Le pido que, hasta nueva orden, deposite usted ese dinero en el Banco de Francia; así me será más fácil añadirle, á favor de usted, y sin intermediario, otra fortuna que usted sabe y que acepta. Se ha comprometido usted á ello. Y, en fin, le pido que no resida en París, siquiera mientras yo sea de este mundo... que será poco tiempo...

— Le repito lo que le dije el primer día: no tengo sino obedecerle á usted. — Me propongo emprender en el Canadá una explotación agrícola. — En cuanto al nombre, pienso tomar uno de la familia de mi

madre, que hace más de cien años nadie ha llevado. Ahora bien, si hay medios legales para hacer que el título de Claviers-Grandchamp pase, después de usted, á alguno de sus jóvenes parientes, me prestaré á ello, en la forma que le convenga á usted...

— ¿Tú harías eso?... exclamó el señor de Claviers, temblándole la voz. ¿Cambiarías de apellido?... Pero ella, pero esa mujer...

— ¿La señora viuda de Olier? interrumpió Landrí: le he comunicado mi proyecto, y desde luego se somete á él, sin más explicación.

— Sí, repuso el marqués con creciente exaltación. Sí, ese es el remedio. Bien lo vi yo desde el primer momento, pero no podía partir de mí la proposición. ¿Adoptar á otro hijo que no sea mi Landrí? ¡jamás!... ¡Ah! ¡me has sido robado!... No, no tendré otro hijo. Los Claviers-Grandchamp morirán conmigo. Habré sido el último de ese nombre y el último de esa raza. Eso es lo que habrían querido, de haber podido preverlo. Nuestra casa acabará como ha vivido: noblemente. Al ayudar á que así sea, has borrado el ultraje. Por ti, puedo perdonar... Es menester cumplir con nuestro deber hasta el fin. — Landrí esperaba otra frase, un gesto, un apretón de manos, un abrazo... Pero el viejo señor juzgó sin duda que ya había hablado demasiado, y, quizá, se temía á sí mismo; temía echarlo todo á perder con alguna ternura final. Dijo, bruscamente: Vaya usted á cumplir con su deber; yo sabré cumplir con el mío. Adiós.

— Adiós... contestó Landrí. El marqués vaciló

todavía un segundo; tenía puesta la mano en el botón de la puerta. La abrió y desapareció, sin siquiera volver la cara. Ya, desde el golpe tremendo, su paso era más pesado, sus hombros se encorvaban, y llevaba la cabeza baja. Cuando se vió de nuevo en la biblioteca, y solo, era tal su agotamiento, que se dejó caer sobre la primera butaca que halló á mano, y así quedó, largo rato, mirando, ¿qué? un retrato de Landrí cuando era niño, y que desde hacía muchos años estaba en aquella pieza. Todo aquel pasado de amor paternal palpitaba en su corazón, y pensaba que en aquel mismo momento el joven, objeto de su apasionada ternura, se disponía á marcharse para siempre. Al salir de aquella angustiosa inmovilidad, no se fué al cuarto donde, sin duda alguna, aún estaba Landrí: tomó de sobre su mesa el grueso volumen en donde había él escrito la historia de su familia. Lo abrió en la página del árbol genealógico en donde estaban inscritos más de doscientos nombres. Los dos primeros: Geofredo y Alda, con esta fecha: 1060. Los ojos azules del Geofredo de 1906 abrazaron con ardiente mirada aquel cuadro que era como el cementerio ideal de todos sus muertos. Cuando volvió á cerrar el libro, estaba serenado. Su mano se puso á trazar, sin un desfallecimiento, los renglones de un billete que representaba sin duda un episodio decisivo en una resolución fija; pues lo leyó dos veces antes de cerrarlo y de escribir la dirección.

— ¿Está en el patio el automóvil? le preguntó á su mayordomo, que entraba en la biblioteca, llamado por el timbre. — Que Augusto lleve esto en seguida á casa del señor conde de Bressieu. Si el señor de Bressieu está en su casa, que lo traiga con él Augusto. Si no, que deje allí este billete. — Ya que de nuevo quedó solo, se decía: Bressieu es el único que pueda entenderse otra vez con Altona para la venta de los muebles de Grandchamp. Altona daba cuatro millones por sólo los objetos enumerados en la pieza nº 44: Con lo demás, sí dará cinco millones. Y ponía en orden los papeles que había sobre su despacho, que no eran sino un inventario hecho por él de aquel resto: la vajilla de plata, las piezas de Sajonia, las armas, los libros, las estatuas del parque, todo el ajuar privado, las joyas. — ¡Por fin va á ser devuelto ese abominable dinero! decía para sí... — Y añadió: Mientras viene Bressieu, ¿si le escribiera á Charlus para anunciarle el matrimonio?... ¡Pobre María! Amaba á Landrí. Ahora veo que fué gran dicha que él no la amara también, pues habría yo tenido que impedir esa unión. ¿Habría yo tenido fuerzas para ello? Hay fuerzas para todo, cuando se trata de la honra del apellido. Y todos los apellidos se defienden. Los Claviers no les habrían hecho á los Charlus, en mi persona, la ofensa de mancharles su sangre... — La visión de la traición, repentinamente evocada, le devolvió su energía: comenzó, para el padre de María, aquella carta que había de justificar, á los ojos del mundo, su enemistad con su supuesto hijo; y este nuevo sobresalto de resentimiento paralizaba, por espacio de un minuto, su angustia por aquella separación.